

## Reseña bibliográfica

Willem J. M. Levelt. 2013. *A history of Psycholinguistics. The pre-chomskyan era*. Oxford: Oxford University Press. 654 páginas.

**Yamila Sevilla\***

UBA, CONICET

Todo aquel que haya tomado alguna vez un curso de Psicolingüística ha escuchado la historia que data el nacimiento de la disciplina hacia fines de los años cincuenta del siglo XX, cuando en el ojo del huracán de la “revolución cognitiva”, Noam Chomsky devolvió al lenguaje su naturaleza de objeto mental y a la mente la posibilidad de ser abordada científicamente. La tesis central de este libro pretende desbancar este mito de los orígenes y mostrar que “hay historia antes de la historia”: lejos de ser una ciencia joven, las raíces empíricas de la psicolingüística, antes llamada “psicología del lenguaje”, se remontan a fines del siglo XVIII; a finales del XIX era ya una ciencia bien establecida y a comienzos del XX era una disciplina pujante.

*A history of Psycholinguistics* cuenta la historia de la psicolingüística prechomskyana o, como el propio Levelt describe con humor, de la psicolingüística AC. Es por tanto la precuela de *Formal grammars in linguistics and psycholinguistics* ([1974] 2008), el trabajo que el propio Levelt escribió hace unos cuarenta años sobre la historia moderna de la psicolingüística, de la que fue convirtiéndose en protagonista indiscutido, y que se iniciaba precisamente en 1951, el año en que este libro comienza su viaje al pasado. Para entonces, el término “psicolingüística” era relativamente nuevo,<sup>1</sup> pero designaba ya a un conjunto amplio de estudios que enfocaban “los rasgos psicológicos esenciales de los hechos lingüísticos” y cubrían la adquisición del lenguaje, las patologías del lenguaje y las habilidades lingüísticas, con enfoques que iban desde los experimentales hasta los estadísticos. Lo que comenzaba a hacerse explícito, en la perspectiva de Levelt, era un desafío programático: el de crear un marco teórico coherente para ese campo de estudios interdisciplinario. Y ese fue el desafío que comenzaba a cumplirse en la agitada escena académica con la que se inicia y se cierra este libro.

El libro se divide en cuatro partes. La primera, brevísima, ofrece una orientación e instala un punto de inicio, el año de 1951, a partir del cual se da comienzo a un flashback que nos conduce a los verdaderos orígenes de esta ciencia empírica. La segunda parte, que incluye los capítulos 2 a 6, cubre los años 1770 a 1900 y se ocupa de mostrar el establecimiento de la disciplina repasando las contribuciones de una importante cantidad de científicos que produjeron una masa considerable de conocimientos durante ese período de poco más de un siglo. La tercera parte, entre los capítulos 7 y 14, refiere la historia de la psicolingüística desde los inicios del siglo XX hasta la Segunda Guerra Mundial. Esta tercera parte contiene el nudo central del libro y está organizada tanto por escuelas de pensamiento (el estructuralismo en el capítulo 7, el conductismo en el capítulo 8, el relativismo lingüístico en el capítulo 13) como por campo (adquisición en el capítulo 10, afasiología en el capítulo 11). La última parte está integrada nuevamente por un único capítulo, el 15, que retorna a los años cincuenta para recrear el clima de optimismo interdisciplinario que derivaría, hacia el final de la década, en la cuna de la revolución chomskyana en psicolingüística.

---

\* Correspondencia con la autora: ysevilla@filo.uba.ar.

<sup>1</sup> Había sido introducido en 1936 por Jacob Kantor, pero no había sido demasiado utilizado hasta 1946, cuando Nicholas Pronko publica un trabajo de revisión llamado *Language and Psycholinguistics*.

El capítulo 1 es un emocionante viaje a 1951 y a sus coletazos en los años inmediatamente posteriores, acontecimientos fundantes que sacudieron la escena académica norteamericana. El capítulo transmite la efervescencia con que comienza a emprenderse una aventura interdisciplinaria y anota jugosos detalles sobre las principales figuras del campo. John Bissell Carroll, por ejemplo, había sido asistente de Whorf en su adolescencia y fue luego el primer estudiante graduado de B. F. Skinner. Carroll estuvo implicado en la organización del “Interdisciplinary Summer Seminar in Psychology and Linguistics” en la universidad de Cornell en 1951, que reunió a psicólogos y lingüistas en un intenso ejercicio de enseñanza mutua y planificación. Este breve capítulo ofrece un iluminador resumen de tres hitos de esa época: en primer lugar el seminario de Carroll, el que le siguió dos años después, y especialmente la publicación subsiguiente de los informes de esos seminarios, que resultaron desequilibrantes; y luego dos publicaciones clave surgidas más o menos independientemente en este clima: el manual de George Miller, *Language and Communication*, un panorama completo de los problemas que abordaría la psicolingüística, en la que la teoría de la información tiene ya un rol fundamental; y el artículo de Karl Lashley, “The Problem of Serial Order in Behavior”, único de los trabajos en los que el cerebro tiene un papel central.

El capítulo 2 describe el trabajo de los investigadores del romanticismo que “inventaron” una psicología del lenguaje indagando en su génesis: la perspectiva histórica y los comparativistas dentro de la filología y la lingüística, los filósofos del lenguaje, Darwin y su teoría de la evolución y los orígenes del lenguaje. Sentaron así las bases sobre las cuales la psicolingüística podría emerger. Se destaca en este marco la figura de Heymann Steinthal y su contribución a una psicología del lenguaje (aunque él mismo no aceptara esta fórmula) amplia y de carácter netamente mentalista, que incluía la memoria, las patologías del lenguaje y la ontogénesis.

El capítulo 3 rastrea la investigación del lenguaje en el cerebro y los orígenes de las teorías de diagramas. Revisa con detalle una serie de desarrollos que han sido fundamentales en la psicolingüística y la neurolingüística y que tienen en gran medida relevancia hasta el día de hoy. La historia comienza con la una sección dedicada al localizacionismo, con su dedicada labor de proveer las primeras descripciones anatómicas y sus correlatos funcionales, y refiere las contribuciones de personajes que alcanzaron gran notoriedad (desde Franz Gall a Paul Broca) y otros menos reconocidos (como Pierre Flourens, prestigioso equipotencialista, su contrincante Jean Baptiste Bouillaud, o Marc Dax, pionero de la lateralización). Con las notables excepciones de Sigmund Freud y John Hughlings Jackson, el localizacionismo sentó las bases de una concepción “modular” de las funciones mentales en el siglo XIX. Tienen su lugar aquí también los primeros constructores de diagramas que, sobre la base de datos afasiológicos y lesionales, desarrollaron los primeros modelos funcionales del procesamiento lingüístico en el cerebro, con capacidad predictiva y pasibles de ser puestos a prueba empíricamente. Se trata de una serie no tan breve, que va de Karl Wernicke a Jean-Martin Charcot, incluyendo a William James, que muestra que las arquitecturas propuestas ya hacia finales del siglo XIX se encuentran en las raíces de las teorías psicolingüísticas actuales. Un ejemplo notable es el de Exner que con su teoría de la cohorte anticipa en noventa años el modelo de activación léxica de Marslen-Wilson (1978, 1984). Incluso los cambios de perspectiva en la relación con los modelos neurales (localizacionistas, regionales, de diagramas o de red) anticipan con bastante precisión las tensiones en las perspectivas teóricas de una psicolingüística mucho más contemporánea.

El capítulo 4 se ocupa de las investigaciones más tempranas en adquisición del lenguaje y la consolidación, hacia mediados del siglo XVIII, de la práctica del registro en un diario, una herramienta metodológica que, independientemente de los abordajes teóricos y empíricos, ha

sido largamente productiva y sigue vigente hasta el día de hoy. El capítulo cubre un amplio espectro temporal (desde fines de siglo XVII y hasta fines del XIX) y de enfoques, desde los provenientes del mundo de la educación y la filosofía, hasta los estrictamente psicológicos. El capítulo contiene una exhaustiva relación de las personas y las ideas que dieron forma a lo que hasta fines de la era decimonónica se sabía sobre las etapas del desarrollo normal y patológico del lenguaje en los niños y sus características. Dos rasgos resultan destacables en esta extensa revisión: uno es que la investigación y la recolección de datos de adquisición se da para la época simultáneamente en muchas lenguas; el otro es el interés (y el abandono de ese interés) por el lenguaje en niños sordos y por las lenguas de señas.

El capítulo 5 es un delicioso recorrido por los inicios del trabajo experimental, lleno de asombrosas descripciones de los laboratorios, sus equipos y los métodos utilizados en la investigación empírica del siglo XIX, y enriquecido con muchos detalles de la vida de los científicos y de las circunstancias (académicas, financieras, personales) en las que estos lograron vencer los desafíos técnicos que les permitieron hacer sus descubrimientos y especialmente dejar a quienes siguieron poderosas herramientas de trabajo. La cronometría mental de Franciscus Donders y las mediciones de los tiempos de respuesta verbales, que junto a de Jaeger realizaron mediante su fonógrafo (en 1865), abren coloridamente el capítulo, que repasa también los primeros estudios taquitoscópicos, los enfoques fonéticos sobre la producción y la percepción de material verbal (como la máquina parlante de von Kempelen (de 1791) y la presentación de habla grabada en los experimentos de percepción) y luego los primeros estudios experimentales sobre memoria verbal, asociación y analogía. Sobresalen el relato de los primeros experimentos con movimientos oculares para el estudio de la lectura realizados en las décadas del 70 y 80 del siglo XIX en distintos laboratorios y el inicio de la recolección sistemática y el análisis de errores de habla. En definitiva, el conjunto básico de técnicas y métodos que el psicolingüista del siglo XX habría de utilizar empezaban a estar disponibles hacia fines del XIX, cuando también, y así lo deja claro Levelt, la “psicología del lenguaje” empezaba a designar a una comunidad más o menos estrecha de lingüistas, fisiólogos, psicólogos y filósofos que estudiaban la mente investigando el lenguaje.

El capítulo 6 está enteramente dedicado a Wilhelm Wundt, haciendo justicia a la excepcionalidad que revestía, en este paisaje de fin de siglo, su capacidad de condensar una síntesis teórica monumental que consolida la psicología del lenguaje de todo el siglo XIX. Su gigantesca obra *Die Sprache*, publicada en 1900 como parte de un trabajo enciclopédico mucho mayor, *Die Völkerpsychologie*,<sup>2</sup> constituye, para Levelt, el jalón que señala la emergencia reciente de una nueva ciencia. Levelt ofrece un esbozo biográfico de Wundt y una exposición general de su concepción psicológica y luego revisa con cuidadoso detalle sus principales (y numerosas) contribuciones a la psicolingüística: sus discusiones de los lenguajes de señas, incluyendo su sintaxis; sobre los sonidos del lenguaje; sus aportes sobre las palabras, especialmente su examen de los procesos de formación de palabras, y la morfología; sus ideas sobre la sintaxis (la introducción de los árboles binarios y el término “transformación” entre ellas); y un modelo elaborado de percepción y, especialmente, producción de habla. Destacada por Levelt, la influencia de Wundt en el establecimiento de laboratorios de investigación en distintos lugares del mundo fue inversamente proporcional a su capacidad para hacer persistir su influencia teórica. La extensión y complejidad de su obra, así como el haber sido escrita en alemán pueden explicar su exigua difusión, hasta que el manual de Bloomfield, *An introduction to the study of language*, lo recupera en 1914. La perspectiva de Wundt, genética y mentalista, que enlazaba lingüística y psicología, caería sin

<sup>2</sup> Una obra en diez volúmenes que terminaría de publicarse en 1920. *Die Sprache* forma parte de este proyecto colosal sobre los procesos mentales superiores desde el punto de vista de sus productos culturales y consiste de 1200 páginas en dos volúmenes.

embargo nuevamente en desgracia muy pronto gracias a la difusión del estructuralismo sincrónico y el conductismo norteamericano. En términos mucho más cruentos, las dos guerras mundiales también quebrarían lazos en la comunidad académica y producirían un sisma con el enfoque europeo mentalista del lenguaje.

La tercera parte constituye el núcleo central de este libro y se ocupa del siglo XX. Sus primeros tres capítulos ponen el acento en la teoría y describen los avatares de cuatro escuelas que modificaron el panorama: el estructuralismo, la psicología del pensamiento, el conductismo y el funcionalismo. Los siguientes tres capítulos regresan, para tranquilidad de exasperados experimentalistas, a los datos, para ocuparse de los desarrollos que los estudios sobre adquisición del lenguaje, la afasiología, los estudios empíricos sobre producción y comprensión de lenguaje, los abordajes translingüísticos, la perspectiva antropológica y las hipótesis relativistas. El último capítulo de esta parte reconstruye el trabajo de los científicos alemanes y austríacos durante el Tercer Reich.

El capítulo 7 presenta dos perspectivas que emergieron durante la primera década del siglo: el estructuralismo lingüístico y la psicología del pensamiento. Ambas acuñaron nociones novedosas que tendrían efectos duraderos sobre la psicolingüística posterior: en particular, en la psicolingüística generativa, en la que las reglas lingüísticas (un concepto directamente tributario del estructuralismo) son implementadas a través de operaciones de análisis y producción (conceptualmente deudoras de las “operaciones mentales” del abordaje computacional del psicólogo Otto Selz). Una minuciosa revisión de la obra de Taine, Beaudouin de Courtenay, de Saussure y su discípulo Sechehaye, Antoine Meillet, Gustave Guillaume y especialmente Henri Delacroix muestra que, en sentidos diversos, no todos necesariamente positivos, el estructuralismo tuvo efectos significativos y duraderos sobre la psicolingüística. Los de la escuela psicológica de Würzburg, en cambio, se verían sometidos a la amnesia generalizada, en palabras de Levelt, que caería sobre todos los descubrimientos alemanes de la preguerra.

El capítulo 8 se ocupa del conductismo norteamericano, cuya impronta general significó para la psicolingüística el empobrecimiento teórico. En este capítulo Levelt se concentra en mostrar, por un lado, que no hay una doctrina uniforme en esta corriente. Para ello, revisa y compara el trabajo de seis figuras que dedicaron especial atención al lenguaje: John Watson, Grace de Laguna, Leonard Bloomfield, Albert Paul Weiss, Jacob Kantor, Fred Skinner y Charles Osgood. Por otro lado, Levelt pone el acento en que esta escuela fue, con excepción de su presencia soviética, una postura enteramente regional, si bien persistente, de Estados Unidos. Allí, finalmente, por la vía de los mecanismos mediadores de procesamiento de la información que permitieron a Osgood rehabilitar el estudio del significado contra la presión del “objetivismo”, terminaría siendo la plataforma de lanzamiento para la “revolución cognitiva” de los años 50 y 60. A pesar de haber eclipsado durante cuatro décadas desarrollos teóricos mucho más sofisticados, como los mecanismos atencionales de Wundt, las operaciones mentales de Selz y los principios de ordenamiento secuencial de Meringer, dejó un legado fundamental a los investigadores norteamericanos, que así obtuvieron la ventaja de los altos estándares metodológicos que a los europeos les costaría alcanzar: el riguroso diseño experimental.

El capítulo 9 reseña la historia de las ideas sobre el lenguaje en uso, es decir la del funcionalismo europeo, tal como fue desarrollándose desde Wegener (1885) hasta Gardiner, Bühler y la Escuela de Praga. Temporalmente superpuestas con las revisadas en los dos capítulos previos, o incluso levemente previas, las ideas funcionalistas se caracterizaron por incluir al oyente en su concepción de las oraciones y los actos de habla y se gestaron en los márgenes del estructuralismo y totalmente por fuera de la psicología reinante. Se trató de desarrollos teóricos fundamentalmente europeos, y por esa razón se vieron abruptamente

truncados con el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial. El capítulo profundiza en el trabajo de Karl Bühler y, en menor medida, de Adolf Reinach.

El capítulo 10, dedicado a la adquisición del lenguaje, ofrece una reconstrucción bastante minuciosa de la actividad de una larga serie de estudiosos europeos y norteamericanos durante las primeras décadas del siglo XX, encabezada por la notable contribución de Clara y William Stern. Fue esta una producción caracterizada por la carestía teórica, en particular por la ausencia de la teoría conductista que impregnaba el período; y, en contraste, o justamente debido al mantra del objetivismo, por la profusión de datos: estudios estadísticos de gran escala, análisis comparados y una avalancha de datos psicométricos (la medición y la evaluación de las habilidades verbales de los niños se convirtieron, de hecho, en una verdadera industria). Tres temas centrales de la agenda de investigación de la época sobre el desarrollo lingüístico infantil son examinados con detalle: en primer lugar, el aumento del vocabulario, la sintaxis y la complejidad de las emisiones; en segundo término, la adquisición de los sonidos del habla (único tema en el que Levelt reconoce un auténtico progreso para el período), donde se destaca por su potencia teórica el trabajo de Jakobson sobre los universales fonológicos y la adquisición del repertorio de sonidos nativos; finalmente, la adquisición del lenguaje en entornos bilingües.

El capítulo 11 regresa a la investigación sobre el lenguaje en el cerebro. A diferencia del capítulo precedente, aquí Levelt no traza un reporte exhaustivo de todos los participantes en este campo, sino que reconstruye en profundidad los puntos de vista de las figuras dominantes de este tiempo en el “debate sobre la afasia” especialmente en el ámbito europeo, como Jules Déjerine y Pierre Marie. La principal distinción, tanto en el dominio psicológico como en el anatómico, se daba entre holistas y localizacionistas. Durante el siglo XIX la afasiología había tomado este último camino, con la mencionada excepción de Hughlings Jackson. Hacia comienzos del XX, el holismo, a través de las figuras de Pierre Marie, Arnold Pick, Head y Golstein, rechazó los postulados y la evidencia previos. Pierre Marie, aunque sin demasiada precisión, propuso un interesante modelo de procesamiento distribuido, en términos tanto psicológicos como anatómicos. El interés localizacionista persistió no obstante en la Alemania de entreguerras, que dio a luz el trabajo de Henshen, Kleis y Nielsen. Pero fue Alexander Luria quien, durante la Segunda Guerra, propuso un nuevo abordaje sistémico, que relacionaba una psicología modular con una red de regiones cerebrales funcionalmente especializadas y dejó sentadas las bases para el renacimiento de las investigaciones del funcionamiento psicolingüístico en relación con su asiento anatómico.

A pesar del promisorio paisaje augurado por laboratorios como el de Wundt, el desarrollo de la psicolingüística del procesamiento adulto de la primera mitad del siglo XX, tema del capítulo 12, no produjo resultados teóricos notables. Las preguntas mentalistas fueron abandonadas o exploradas fragmentariamente. La tradición alemana decayó después de la primera guerra y desapareció por completo con el advenimiento de Hitler y, con el centro de gravitación en Estados Unidos, el campo se vio sometido a la versión local del conductismo. La agenda de los investigadores se volcó a los procesos periféricos. Levelt se ocupa así de recuperar los avances conseguidos en los siguientes terrenos: percepción y producción de sonidos y palabras; el estudio del significado a través de la asociación; la memoria verbal y el aprendizaje; los aspectos más superficiales de la lectura. Sobresale en esta relación los avanzados estudios de Edmun Huey (1900), pionero en la tecnología de registrar los movimientos oculares durante la lectura. Para ello, adjuntaba un dispositivo de registro sobre la córnea anestesiada. Su procedimiento fue pronto mejorado por Raymund Dodge y otros, pero la intuición y la técnica de Huey resultan admirables y difíciles de opacar en cuanto a impacto. Otro hito experimental de la época, similar en la proyección de su influencia, son los estudios experimentales de los mecanismos de interferencia e inhibición de John Ridley

Stroop (1935), cuyo brillante paradigma (que supone nombrar un estímulo mientras se procesa simultáneamente otro que interfiere) sigue cosechando réditos en la investigación actual. El modelado estadístico de Zipf y la teoría de la información de Shannon y Weaver tendrían también fuerte peso en la psicolingüística contemporánea, tanto como los efectos de frecuencia, probabilidad transicional, entropía y de número de alternativas que aparecieron en los experimentos entonces (y se quedaron para siempre) como variables para estudiar o controlar.

El capítulo 13 se ocupa de la relatividad lingüística, con especial énfasis en las ideas de Franz Boas, Edward Sapir y Benjamin Whorf, que sostuvieron una doctrina horizontal en relación con las distintas lenguas, en contraste con el ideario, predominante en el siglo XIX, emblemáticamente expresado en la creencia de Wundt de una escala evolutiva vertical que situaba al latín en la cima de la complejidad y la sofisticación y en la base a la lengua de señas y otras lenguas consideradas primitivas. Levelt recorre el relativismo en sus distintas versiones, de las más fuertes a las más moderadas, y advierte que la relación entre lenguaje y punto de vista se mantuvo sostenidamente presente en la agenda antropológica, de modo que alentó los trabajos empíricos y la comparación entre lenguas. En la psicolingüística, en cambio, las primeras indagaciones experimentales de estas ideas llegaron unas décadas después, en 1950, en particular de la mano de John Carroll, Eric Lenneberg y Roger Brown. Estos últimos elaboraron el primer paradigma experimental para abordar la cuestión de la relación entre lengua y experiencia sensorial utilizando la noción de “codability”. Más allá de sus resultados, sembraron con su experiencia un productivo terreno para la investigación translingüística. Levelt expone también la situación de las ideas whorfianas en la actualidad: “[Aunque las ideas whorfianas sobre la determinación de la lengua sobre la cosmovisión han declinado] the study of tendencies, preferences in conceptualizing states of affairs in agreement with mandatory or habitual distinctions in the native tongue, has become a rich and productive field of research” (507).

El capítulo 14 narra el impresionante declive de la psicolingüística de corte alemán, así como el padecimiento de los científicos alemanes, austríacos y checoslovacos durante el nazismo. Además de la dramática historia de la Sociedad Alemana de Psicología, Levelt relata las historias personales de muchos investigadores, entre ellos William y Clara Stern, Ernst Cassirer, los Bühler, Frieda Eisler, Roman Jakobson y Nikolaj Trubetsky. La situación política primero y luego la persecución desatada dieron lugar a una importante migración. Los estudiosos que permanecieron se adaptaron al régimen con diferentes grados de resistencia y oportunismo. Temas como la raza y la lengua materna aumentaron su popularidad y –solo puede pensarse que de modo corrupto– la ciencia vino a ofrecer conclusiones racistas.

La última parte –y último capítulo– regresa a los comienzos de los años cincuenta, a finales de la Segunda Guerra Mundial, cuando comienzan a alinearse las condiciones para preparar lo que se llamaría “la revolución cognitiva” y dar lugar a lo que Thomas Kuhn consideraría un cambio de paradigma científico. Mientras la situación en la escena europea durante la guerra y la inmediata posguerra fue desesperada y condujo a una desertificación de la labor y los resultados, los científicos norteamericanos y británicos aprovecharon el tiempo y las motivaciones de la guerra para hacer enormes progresos en ciertas áreas que resultaban de interés para los estados y les garantizaban ingente financiación. Por un lado, había muchos heridos de guerra lesionados cerebrales que necesitaban diagnóstico y tratamiento para sus alteraciones lingüísticas. Por otro, promovidos por la investigación de defensa, los estudios sobre los sistemas de comunicación electrónica dieron un enorme impulso a la investigación matemática y psicofísica de la transmisión de señales. Esto abrió la puerta a nuevas formas de interdisciplina alrededor del campo de la comunicación humana. Se conjugaron así el ímpetu de la teoría matemática de la comunicación de Shannon y Weaver, la teoría de la computación

de Alan Turing y la cibernética de Norbert Wiener. Fue en ese momento que George Miller puso el mojón para la moderna psicolingüística aplicando la teoría de la información a la psicología y la lingüística en su texto de 1951.

En las décadas siguientes comienza la historia que Levelt ya no cuenta (o mejor dicho, que ya contó en su libro previo), y en cuyo “mapa de estrellas” tendría un lugar privilegiado detrás de Chomsky, Miller, Bruner, Broadbent, Lenneberg y otro puñado de psicólogos, lingüistas, matemáticos, biólogos, ingenieros, filósofos. Un cierto tono biográfico recorre el libro. En efecto, la tesis central y su exhaustivo trabajo de prueba parecen querer hacer justicia a la sorpresa con la que el joven Levelt, portador de una tradición europea, asistía al entusiasmo general que reinaba en los tempranos años sesenta en la academia norteamericana en relación con el mentalismo, “which I had always thought to be normal psychology” (577). Levelt no es el único en relativizar el carácter revolucionario de aquella empresa: en una carta personal a Levelt, George Miller, uno de los principales motores de aquellos cambios y quien junto con Noam Chomsky más activamente intervino en la operación de creación de un campo para las ciencias cognitivas, escribió: “Did we lead a revolution? Noam Chomsky did, and we were caught in marginal skirmishes. But I never thought of myself as a revolutionary. Quite the contrary. I was enormously conservative, looking back to a better past that needed to be revived. How could it be revolutionary to say that psychologist must explain mental processes?” (575).

Ese tono comprometido y la gracia para la escritura hacen que este libro tenga el encanto suficiente para ser leído de principio a fin como lectura de placer. Pero es indudable que la obra posee diferentes niveles de lectura y usos posibles. Como obra de referencia, el historiador de las ideas o el historiador de la ciencia encuentran aquí material valiosísimo para componer en detalle momentos muy significativos en el cruce de varias disciplinas.

Resulta destacable que se trata de una historia compleja en tramas y matices, en tanto es una historia de las ideas y la teoría, así como de las metodologías y abordajes empíricos, a la vez que la historia de los hombres y mujeres que desarrollaron la disciplina. Esto se debe a que indaga no solo en sus contextos, incluidos factores humanos e institucionales, políticos y financieros, sino también en sus intuiciones y sus errores, en su capacidad de cooperar pero también de competir y rivalizar. Es una historia que permite ponderar, así, en su densa multidimensionalidad, las razones del éxito y la difusión de algunas ideas y corrientes, tanto como comprender cabalmente el abandono o el olvido de otros.

A esta reconstrucción subyace un trabajo con las fuentes que va más allá de las obras mayores de los autores mencionados y se interna en los informes de investigación, las actas de reuniones científicas y los registros de conferencias, entre otros documentos.

Aun cuando el autor hace uso de fuentes secundarias, que reconoce debidamente, no solo incluyendo la referencia correspondiente sino también agradeciendo a los colegas del caso el descubrimiento o la inspiración, el libro se basa enteramente en fuentes primarias que son escrupulosamente citadas en su lengua original. Esto significa que Levelt ha buceado en las bibliotecas de Europa y Estados Unidos haciendo accesible material remotamente consultado, que se extiende incluso a la escena rusa y soviética. Su ventaja lingüística —especialmente su dominio del alemán— le ha permitido restituir su centralidad a textos y autores que, por razones de geopolítica del conocimiento, fueron omitidos o soslayados por la historia de la ciencia, o al menos injustamente olvidados por los investigadores en su práctica. Justo es reconocer que la erudición y la rigurosidad son rasgos que Levelt cultiva en todos sus trabajos. La envergadura de esta obra, sin embargo, hace que el despliegue de estas cualidades resulte impresionante.

Difícil es, frente a este paisaje, encontrar puntos débiles o señalar ausencias injustificadas. En todo caso, puede señalarse que, en ocasiones, el rigor y la exhaustividad con los que se

tratan los temas conspiran contra la legibilidad y el suspenso de una narración que en gran medida se caracteriza por la virtud de sostener la atención en la trama y no eludir evaluaciones personales e hipótesis fuertes. A pesar de tener una notable unidad argumental, la mayoría de los capítulos del libro admiten ser leídos autónomamente. La organización de la obra y un índice transparente permiten a los interesados en un tema o un período específico dirigirse a él sin lugar a confusión. Como contrapartida, y es un defecto atribuible a la magnitud del trabajo y a la atención del editor, quien lea el trabajo de corrido encontrará algunas repeticiones menores que podrían haberse evitado.

Sin lugar a dudas el libro resulta un material precioso para la enseñanza. No solo por el recorrido histórico en sí mismo, sino por la claridad con la que son presentados los temas, las tradiciones teóricas, los enfoques metodológicos y las técnicas que anticipan las de la psicolingüística moderna. Además, aporta innumerables anécdotas, descripciones y datos sumamente reveladores para ilustrar los cursos de psicolingüística, neurolingüística e incluso de lingüística general, psicología básica o de metodología de la investigación experimental.

Finalmente, todo psicolingüista contemporáneo, cualquiera sea el tema con el que lidie y cualquiera sea su abordaje metodológico actual va a encontrar en este libro un llamado de atención y una puesta en perspectiva de su propio trabajo, ya que es muy probable que descubra para el problema que tiene entre manos raíces muy profundas, preguntas muy antiguas y explicaciones desafiantes, muchas veces procedentes de fuentes asombrosas. En una época que promueve (y financia) la originalidad y la novedad *per se*, una lectura honesta de este libro podría resultar una mala noticia: la mayoría de los problemas que hoy nos desafían fueron ya pensados alguna vez en los últimos doscientos años. Si en cambio podemos permitirnos enriquecer nuestra visión integrando la mirada de predecesores de escuelas y lenguas diversas, es muy posible que logremos capitalizar intuiciones geniales gestadas originalmente en paradigmas que no supieron darles cabida. O al menos, que nos demos un baño de modestia.